

la corte cierto pudor y á no mostrarse sino bajo formas delicadas. Sólo la he visto desenfadada en Ferney donde aparece verdaderamente grotesca. Para comprender la adulación cortesana que le rodeaba, hay que leer el relato de la estancia de la Sra. Suard en Ferney, en junio de 1775. ¡Qué de exclamaciones, admiraciones y genuflexiones!

La Sra. Suard no puede ver al maestro sin precipitarse para besarle la mano veinte veces al día.

— « Aquella misma tarde volvió varias veces al salón; la alegría que me causaban estas apariciones inesperadas, me impulsaba á salir á su encuentro, á tomarle las manos y á besárselas repetidas veces. — « Dame á besar vuestro pie », exclamó él. — Yo le presenté mi rostro. »

Esta adulación estaba sometida á cierto ceremonial.

Era costumbre (sobre todo en las mujeres jóvenes), conmoverse, palidecer, enternecerse y hasta casi desmayarse al ver á Voltaire; precipitábanse en sus brazos, balbuciendo, llorando y presas de una turbación que se parecía al más apasionado amor. Tal era la etiqueta de la presentación en Ferney. El Sr. de Voltaire se hallaba tan acostumbrado á ella que la tranquilidad y la simple cortesía, aun la más obsequiosa, le parecían una impertinencia ó una estupidez.

Conviene insistir en esta vanidad enorme<sup>1</sup>, porque produjo el mejor efecto. Acostumbrado á los homenajes y ansioso de consideraciones, sensible á los ataques, irritable en presencia de la tradición, penetrado de su importancia y de su respetabilidad, Voltaire fundó, estableció y demostró la dignidad de los literatos y, después de él, se vió aparecer en la sociedad una generación nueva, la de los escritores estimados, colocados por el talento, la gloria ó simplemente por su profesión, al abrigo de las palizas y muy por encima de los desprecios de antaño.

De esta suerte se explica también su afición á las amistades regias, que le lisonjaban y halagaban su orgullo. Era el desquite de su condición plebeya, el advenimiento de una nueva nobleza del ingenio. Hacía la corte á todas las testas coronadas y no tardaba en tratarlas de igual á igual. Cristián VII rey de Dinamarca le dirigía las más lisonjeras frases y después de haber decretado en sus estados la libertad de la prensa, recibía estos versos de Ferney:

Monarque vertueux, quoique né despotique,  
Crois-tu régner sur moi de ton golfe Baltique?  
Suis-je un de tes sujets pour me traiter comme eux,  
Pour consoler ma vie et pour me rendre heureux<sup>2</sup>?

1. Aunque los franceses hablan sin cesar de la *morgue espagnole*, nunca hubo entre nosotros semejante endiosamiento ó orgullo entre nuestros más célebres escritores. Ni Lope, en su mayor gloria, ni Calderón, ni ningún otro se juzgaron salidos de la rodilla de Júpiter. (N. del T.)

2.

Aunque nacido despota, monarca virtuoso.

¿Desde tu golfo Báltico crees sobre mí reinar?

¿Soy acaso tu súbdito, para hacerme dichoso,

Tratarme como á ellos y mi vida alegrar?

También escribía acerca de Catalina de Rusia:

Je suis fort satisfait de l'auguste amazone  
Qui du gros Moustapha vient d'ébranler le trône<sup>1</sup>.

Dábale apelativos familiares, excusaba sus crímenes, sus desenfrenos y sus atentados contra Polonia, porque hacía representar sus obras. Llamábala también Semíramis, Minerva del Norte, Protectora de Alemnbert y de Diderot, y ella á su vez lisonjeó á Voltaire con cartas, mensajes y regalos de pieles, y el poeta correspondía diciéndo:

C'est du Nord aujourd'hui que nous vient la lumière<sup>2</sup>.

Deploraba la perdida amistad del gran Federico II.

Al recibir la noticia de una nueva victoria del rey de Prusia, en 1758, había dicho Voltaire:

Ese hombre me causa siempre admiración y siento haberme indisputado con él.

Después procuró reanudar sus relaciones.

Cuando Marmontel fué á visitarle en 1770, escribió:

El Sr. de Voltaire quiso hacernos visitar su castillo de Tournay, donde tenía su teatro, á un cuarto de legua de Ginebra. Después de comer fuimos allá en carroza. Tournay era un castillejo bastante descuidado, pero cuya vista es admirable. En el valle se extiende el lago de Ginebra cuyas orillas se hallan sembradas de quintas y á cuyos extremos hay dos grandes ciudades; algo más lejos se divisa en lontananza una cadena de montañas de treinta leguas de extensión, y el Monte Blanco, cubierto de nieves y hielos que jamás se derriten: tal es el panorama de Tournay. Allí vi el diminuto teatro que tanto atormentaba á Rousseau y donde Voltaire se consolaba de la falta del que estaba aún lleno de su gloria. La idea de esta privación injusta y tiránica me llenó de dolor y de indignación. Acaso lo notó él, porque en más de una ocasión sus reflexiones respondían, por decirlo así, á mis pensamientos. Á la vuelta me habló de Versalles, de su larga permanencia en él y de las bondades que Madama de Pompadour le había mostrado en otro tiempo. Aun os quiere, le dije, y me lo repite con frecuencia, pero es débil y no se atreve ó no puede todo lo que quiere. Porque la desdichada se ve hoy desdeñada; acaso envidia la suerte de la Sra. Denis y desearía hallarse en las Delicias. — ¡Que venga, dijo transportado de júbilo, á representar tragedias con nosotros!; Yo compondré para ella papeles de reina!

Echaba de menos á París, la corte y los honores. Luis XV no mostraba interés por él. La corte de Versalles perseguía al jefe de los li-

1.

Estoy muy satisfecho de la augusta Amazona

Que hace de Mustafá vacilar la corona.

2.

Hoy nos viene del Norte la luz toda.

bres pensadores. Una nota secreta del ministro secretario de Estado Bertin, en 1774, manifiesta el interés que el gobierno atribuía al secuestro y destrucción de los escritos del terrible filósofo contra quien se tomaban tales precauciones.

El Rey desea, dice la nota, que si Voltaire llega á morir, se pongan bajo secuestro sus papeles ó que por lo menos se saque de ellos todo lo que pueda interesar á la correspondencia ó escritos relativos á los príncipes y sus cortes, ministros ó gobiernos, y en particular á la corte ó gobierno de Francia, como igualmente todo escrito ó manuscrito relativo á la religión y á las costumbres, hasta los de historia, literatura ó filosofía, en los que mete siempre algunas de sus ideas.

Á la muerte de Luis XV (1774) Voltaire, que encarnaba el espíritu nuevo, volvió á ser popular. Suspiraba siempre por París. Alabó al nuevo rey y aprovechó el primer pretexto para hacer una visita á la gran ciudad, donde sabía que era querido y esperado. Tomó como pretexto la necesidad de vigilar los ensayos de su nueva tragedia *Irene* y no vaciló, á pesar del parecer de su médico Tronchin, en exponer su salud, á los ochenta años, por un « poco de humo ». Abandonó á Ferney el 4 de febrero de 1778, en pleno invierno. El viaje fué un triunfo continuo. En París se albergó en casa de la Sra. de Villette, joven amiga suya. No tardó en verse rodeado de homenajes. Acudieron á felicitarle delegaciones de la Academia Francesa y de la Comedia Francesa; fué á verle Madama Dubarry y le visitaron príncipes y grandes señores.

Vivía entonces en París un hombre que compartía con él la popularidad más entusiasta. Era éste Franklin, el valiente campeón de la independencia americana, á quien todo el mundo festejaba. La Sra. de Epinay escribía:

« Tan pronto como se muestran, ya en los teatros, ya en los paseos, ya en las Academias, resuenan sin interrupción los gritos y palmoteos. Aparecen los príncipes y nadie se mueve. »

Encontráronse en medio del triunfo común. Franklin hizo que el patriarca bendijese á su nieto y aquel dijo en inglés, poniendo las manos sobre la cabeza del niño: *God and liberty*.

Voltaire no cabía en sí de júbilo. Tanta gloria le rejuvenecía. Así es que acogía, recibía y respondía á todo el mundo.

El lunes 30 de marzo fué su día triunfal. Hubo sesión en honor suyo en la Academia francesa. De allí pasó al teatro para asistir á la primera representación de *Irene*. La multitud se agolpaba en torno de su carroza, en medio de ardientes aclamaciones. Llegó al teatro y le colocaron una corona dorada en la cabeza. Los pasillos estaban llenos de gente, pues se hallaba allí todo París. Nadie escuchó la obra, y no se perdió gran cosa, pues los espectadores no tenían ojos sino para el

héroe del día, que se inclinaba lleno de complacencia fuera del palco. Levantóse el telón y apareció una decoración antigua, en cuyo centro se erguía el busto del gran escritor; en torno se hallaban agrupados todos los cómicos, con palmas en las manos; adelantóse una actriz y á duras penas pudo conseguir que reinara silencio para poder recitar un elogio en verso. Los espectadores, todos de pie, se sentían agitados por la fiebre de la ovación. Voltaire exclamó transportado de júbilo:

« ¡ Me ahogáis bajo las rosas! ¡ Queréis hacerme morir de gloria! »

El pueblo delirante le acompañó hasta su casa, desenganchando los caballos y tirando del coche. No pudo resistir á tan violentas emociones y tuvo miedo de la muerte y de la venganza de los católicos que harían arrojar su cuerpo fuera de lugar sagrado. Resignóse pues á recibir, sin convicción, la extremaunción, diciendo:

« Cuando uno muere en Surata, hay que tener la cola de una vaca en la mano. »

La vida agitada que llevó aquellos días, saliendo mucho, yendo á la Academia para tomar parte en los trabajos del *Diccionario* con sus demás colegas, á quienes daba las gracias « en nombre del alfabeto » y que á su vez se las daban « en nombre de las letras »; su correspondencia, que no interrumpió hasta el último día, y el abuso del café le pusieron muy malo.

El 26 de mayo de 1778, al recibir la noticia de que había sido rehabilitado el nombre de Lally-Tollendal, injustamente condenado, escribió al hijo: « El moribundo resucita al recibir la gran noticia, abraza con la mayor ternura al Sr. de Laly, ve que el rey es el defensor de la justicia y morirá contento. »

Dos días después trazaba con mano temblorosa este billete á su médico Tronchin:

« Vuestro viejo enfermo tiene fiebre. Su cuerpo glorioso tiene las piernas muy hinchadas y llenas de manchas rojas. Esta mañana quería trasladarse al templo de Esculapio, pero no le es posible. »

Al día siguiente escribió el último billete:

« El paciente de la calle de Beaune ha tenido toda la noche y tiene aún ataques de tos violenta, y ha echado sangre tres veces. Pide perdón por causar tanto trabajo por un triste cadáver. »

Expiró el 30 de mayo de 1778, diciendo al abate Gautier y al cura de San Sulpicio, que le asistían:

« Dejadme morir en paz. »

La negación de sepultura eclesiástica en la parroquia de San Sulpicio y lo mismo en el obispado de Annecy, obligó á la familia á hacer transportar el cuerpo á la abadía de Scellieres, en Champaña. Durante la Revolución fué sacado de allí y llevado al Panteón, en 1791. En 1814 se abrió su sepultura, pero no fué profanada.

Como el Panteón fué abierto al culto bajo el Imperio, la administración puso en lugar seguro los féretros de Voltaire y de Rousseau en los sótanos, bajo el pórtico. El corazón fué depositado en el castillo de Villette. El cerebro, conservado por el embalsamador Mithouard, permaneció largo tiempo en una farmacia del barrio San Dionisio. En Troyes se conserva un calcañar y cierto periodista sustrajo uno de los dientes en 1791.

Cuando tuvo lugar la celebración del centenario de Voltaire, el 31 de mayo de 1878, Víctor Hugo pronunció en el salón del teatro de la Gaité un discurso en el que decía lo siguiente :

Hace hoy cien años que murió un hombre y murió inmortal. Abandonó el mundo cargado de años, de obras y de la más ilustre y temible de las responsabilidades, la de haber rectificado y adoctrinado la conciencia humana. Se fué maldecido y bendecido á un mismo tiempo : maldecido por el pasado y bendecido por el porvenir, y esto constituye, Señores, las dos formas admirables de la gloria. Acompañábase en su lecho de muerte, por una parte las aclamaciones de sus contemporáneos y de la posteridad, y por otra las imprecaciones y los odios con que el pasado implacable persigue á los que lo han combatido. Era más que un hombre, era un siglo. Había ejercido una función y llenado una misión. Había sido elegido evidentemente para la obra que realizó por la Suprema Voluntad que se manifiesta tan visiblemente en las leyes del Destino como en las de la Naturaleza. Los ochenta y cuatro años que vivió este hombre ocupan el intervalo que separa la monarquía en todo su apogeo de la revolución en su aurora. Cuando nació, reinaba aún Luis XIV; cuando murió, ya reinaba Luis XVI. De suerte que su cuna pudo contemplar los últimos resplandores del gran trono y su cerebro los primeros fulgores del gran abismo.

En 1899 algunos eruditos pusieron sobre el tapete la cuestión de saber si habían sido destruidos los restos de Voltaire y Rousseau y si los féretros del Panteón no eran más que cenotafios. Abrieronlos y entonces pudimos saludar á Voltaire cara á cara. Su cráneo pasó de mano en mano y todos le reconocían, por decirlo así, á causa del vivo aspecto de esqueleto que le daban ya en vida sus retratos y bustos. El Voltaire desnudo de Pigalle no difiere del que duerme actualmente en la cripta del Panteón. Vimos la horrible sonrisa, tocamos aquel cráneo en que fermentaron tantas ideas y aquellas cuencas vacías en que centelleaban sus ojos llenos de fuego y de maliciosa ironía, y aquella cabeza que encerró el pensamiento, difundido en su obra formidable.

Todo se ha recogido y se ha reimpreso. No hubiera sido tal su parecer, pues decía :

« No es posible pasar á la posteridad con tan enorme equipaje. »

No quería que se incluyesen en sus obras todos sus farragos. Un respeto demasiado piadoso lo ha reunido todo y ha atestado con ellos los cincuenta volúmenes de la edición más reciente.

Su teatro forma seis volúmenes más abundantes que notables, pero que no merecen el olvido en que se tienen. Seguramente revelan apresuramiento sus obras de teatro; el estilo carece de ese vigor y de esa belleza que forma las obras definitivas; la imitación de los grandes clásicos perjudica á la originalidad; la pintura de costumbres domina sobre la de los caracteres : pero en su época, este teatro pareció muy lleno de vida y de actualidad á causa de su carácter filosófico y de polémica, á causa también de la sensibilidad, romanticismo, elocuencia ardiente y del movimiento escénico que había adivinado por decirlo así al leer algunos dramas de Shakespeare, así como también á causa de la variedad de asuntos que nos hacen viajar en el tiempo y en el espacio, del cuidado enteramente nuevo en cuanto á la exactitud de los trajes y de la *mise en scène* y por último del esmero con que se halla estudiado el plan y dispuesta la intriga.

Imitó á Racine, rehizo á Crebillon, se inspiró en los antiguos y en los modernos, tuvo la intuición del genio de Shakespeare y del viejo drama inglés, ejerció gran influencia en nuestro arte nacional y hay que tenerlo en cuenta.

Su voluminoso teatro se divide bastante naturalmente en tragedias antiguas, dramas modernos, óperas y comedias.

De la antigüedad sacó su Edipo, tragedia en cinco actos con coros, empezada á los diez y ocho años y representada cuarenta y cinco veces en 1718; agradó mucho por la osadía de sus pensamientos que todos se complacían en aplaudir :

Un roi pour ses sujets est un dieu qu'on révère;  
Pour Hercule et pour moi, c'est un homme ordinaire...<sup>1</sup>

Nos prêtres ne sont pas ce qu'un vain peuple pense,  
Notre crédulité fait toute leur science<sup>2</sup>.

En esta obra se encuentra todo Voltaire, con sus rebeldías contra el poder contra la Iglesia y contra la Fatalidad, de la que Yocasta abomina maldiciéndola sin resignación :

J'ai fait rougir les dieux qui m'ont forcée au crime<sup>3</sup>.

Con él se convierte la escena en una máquina de guerra. En ella despliega todos su vigor, todo su ardor y toda esa pasión que le hacía decir á la Sta. Dumesnil cuando protestaba contra sus disidencias : « Seria

1. Un rey para su pueblo es dios á quien venera ;

Para mí y para Hércules es un hombre cualquiera.

2. Véase la traducción pág. 23.

3. Avergüenzo á los dioses que al crimen me forzaron.

necesario tener el diablo en el cuerpo para llegar à conseguir el tono que queréis que adopte.

— Sí, señorita, para sobresalir en todas las artes hay que tener el diablo en el cuerpo. »

Poseía el fuego sagrado y tenía la pasión del teatro. Reléase el relato que hace Lekain en Ferney, después de la representación del *Huérfano de la China*. El éxito que el trágico, que entonces empezaba su carrera, había conseguido en París, en el papel de Gengis-Kan, inspiró al autor el deseo de verle interpretar dicho personaje. Lekain se apresuró à darle gusto y empezó à declamar su papel con toda la energía tártara, según él mismo decía.

Apenas oyó Voltaire aquellas voces, aquellos arranques furiosos, pintáronse en su rostro la indignación y la cólera : « ¡Basta! ¡Basta! exclamó.... ¡El desdichado me asesina!» Hicieron inútiles esfuerzos para calmarle; en aquel momento estaba hecho un verdadero tigre; salió lleno de ira y corrió à encerrarse en sus habitaciones. Lekain se hallaba consternado. No le quedaba más que marcharse. Al día siguiente solicitó ver à Voltaire : « ¡Que venga si quiere! respondió el poeta, todavía irritado. Presentóse el actor y expresó su deseo de recibir algunos consejos. El autor se amansó, recitó el papel y Lekain, aprovechando aquella lección, cambió por completo la manera como desempeñaba aquel personaje. Sus camaradas, al observar aquel cambio à su regreso à Paris, decían con malignidad : « Ya se ve que vuelve de Ferney. »

Deseando el rey de Prusia ver representar la *Muerte de César*, consiguió que el autor tomase parte en la representación. Escogió éste el papel de Bruto; pero como en aquella época eran escasos en Prusia los buenos actores, se vió muy mal secundado. En una situación patética, el actor que desempeñaba el papel de César, à la vista de su célebre interlocutor y del gran rey que tenía fija en él la atención, se cortó y no pudo articular una palabra. Bruto-Voltaire, al ver que la escena se enfriaba con aquel contratiempo, sintió un arranque de furor y gritó : « ¿Acabarás de hablar, maldito César? ¡Habla pues ó te asesino! »

À los ochenta años, cuando hacía ensayar su última tragedia, *Irene*, se dejaba llevar de los mismos arrebatos. Cierta día recitaba algunos trozos de *Irene* à la Srta. Clairon.

Esta última, después de haber oído los versos, dijo : « ¿Dónde hallar una actriz bastante fuerte para expresarlos? Semejante esfuerzo es capaz de matarla. — Precisamente eso es lo que pretendo, exclamó el poeta, quiero hacer ese favor al público. »

Era un hombre endiablado.

Reanudemos la serie de sus piezas dramáticas. *Artemisa* fué silbada en 1720; pero Voltaire censuró abiertamente al público por su

mal gusto. Su *Mariana* (1724) no hizo olvidar la de Tristán; *Bruto* (1730) tragedia republicana debía esperar hasta la Revolución para hallar un público entusiasta embriagado por el hemistiquio : ¡Vivir libre y sin rey! Se halla precedida de un interesante discurso acerca de la tragedia; vinieron luego *Eriílo* (1732) con la aparición shakespeariana, que era entonces un gran atrevimiento, de la sombra de Anfiarao, y un inusitado número de figurantes; la *Muerte de César* (1743), tragedia en tres actos, obra patriótica y republicana, según el gusto de Shakespeare; *Méropé* (1743), una de las mejores obras dramáticas de Voltaire; el asunto, una madre à punto de matar à su hijo sin conocerle, es bastante conmovedor para haber tentado à muchos autores trágicos, desde Eurípides hasta Maffei.

Inspiró felizmente à Voltaire que triunfó y tuvo que salir à saludar al público en las lisonjeras circunstancias que él mismo ha consignado :

Vinieron à buscarme al escondite en que me había ocultado y me llevaron à la fuerza al palco de la Sra. mariscala de Villars, donde estaba su nuera. El público del patio estaba como loco; gritó à la duquesa de Villars que me besase y movió tal escándalo que ella se vió obligada à hacerlo por orden de su suegra. He sido besado públicamente, como Alano Chartier por la princesa Margarita de Escocia, pero él estaba dormido y yo muy despierto.

La Sta. Dumesnil representó à *Méropé* con gran autoridad, inspirando à Fontenelle las siguientes palabras :

Las representaciones de *Méropé* han sido muy honrosas para el Sr. de Voltaire; mucha parte de su triunfo corresponde à la Sra. Dumesnil.

Era decir demasiado, pues *Méropé* sigue siendo una de las más hermosas obras maestras de nuestra literatura dramática y forma parte del repertorio.

El asunto había sido tratado varias veces por Riccoboni, Du Bourg, Freret, Maffey, Torelli, Lagrange, Gilberty y el cardenal de Richelieu, que precedieron à Voltaire en el arreglo del *Cresphonte* de Eurípides.

La tragedia de Voltaire es tal vez lo más interesante de su obra teatral, por la mezcla que hay en ella de la tradición clásica y de las innovaciones románticas, mezcla característica de todos sus dramas. En este último parece haber extendido las dos manos para abrazar à un tiempo à Eurípides y à Shakespeare. Seguramente sigue siendo la tragedia clásica con sus unidades, sus príncipes y su estilo raciniano.

Pero no hay que pararse en las apariencias; levántese esa especie de colgadura antigua y no se encontrará la estatua de mármol de Paros, que parece ocultar, sino una mujer joven, moderna, llena de vida y de realidad. Geoffroy se indignaba por ello, hasta el punto de denunciar en

*Méropé* la aparición de lo natural y lo trivial. Se amplía el número de pasiones puestas en escena. Voltaire agrega el amor maternal, no considerado ya como un sentimiento profundo y dulce, sino como una pasión que puede llegar hasta la furia más desencadenada.

En los versos de *Méropé* se trata del amor maternal tal como Voltaire lo ha desarrollado en *Bruto*, en *Semíramis* y en el *Huérfano de la China*.

Aparecen ya en dicha obra sentimientos modernos, como la solidaridad humana :

Il suffit qu'il soit homme et qu'il soit malheureux !<sup>1</sup>

Es digna de notar también la sensibilidad que rodea con una lacrimosa simpatía á los personajes perseguidos é inocentes, colocados en situaciones conmovedoras mediante artificios teatrales de melodrama.

Hay además otra novedad : la escena se convierte en tribuna y sirve para la propaganda filosófica. El teatro deja de ser el arte por el arte. El poeta entrevé un fin útil; sueña con desempeñar un papel activo; aconseja, ilustra y desengaña al pueblo.

Otro de los puntos en que se aleja de la vieja tragedia, es el colorido, es decir la decoración con que Voltaire procura adornar la escena, como también la riqueza abundante y enérgica de peripecias, de golpes de teatro, gracias á los cuales suple Voltaire la falta de desarrollo psicológico que constituía el nervio de Racine. Precipita la acción, acumula y pone en lucha los hechos, comprende y crea ese género especial de placer que hoy pedimos al teatro y que nos hace hallar lánguidas las tragedias antiguas. *Méropé* contiene todos los elementos del género melodramático : la voz de la sangre, la crucecita de la madre, los reconocimientos, una madre que va á matar á su hijo sin conocerle, el hijo del misterio, el error de una reina, el inocente acusado y el traidor descubierto; *Angelo* y *Lucrecia Borgia* proceden de los mismos efectos y de las mismas emociones, que hoy son vejestorios, pero que entonces estaban en todo el brillo de su juventud. Lo que no ha pasado de moda es la calidad robusta y exacta del estilo, el ardor y vigor del sentimiento, la habilidad de la « mise en scène », el interés del drama, la inmensa piedad que inspira una madre amante y el respeto que impone la pintura sincera del amor maternal.

*Semíramis*, tragedia en cinco actos (1748), fué una especie de arreglo de Crebillon, en que la sombra de Nino se vió algo cohibida por los espectadores sentados en el escenario, pero en la que obtuvo un gran triunfo Lekain. La tragedia de *Orestes* (1750) fué compuesta con el pro-

pósito de oponerla á la *Electra* de Crebillon, lo mismo que la *Roma Salvada*, que tuvo por objeto llevar la contra al *Catilina* del mismo rival. Voltaire escribía á Voisenon :

No sé si Madama del Chatelèt me imitará y si estará aún embarazada; pero por mi parte, tan pronto como di á luz á *Catilina*, quedé nuevamente embarazado de *Electra*. Heme aquí obligado de nuevo á arreglar los moldes de la casa de Crebillon.

Cuando el público aplaudía á *Orestes*, gritaba Voltaire : « ¡ Aplaudid, amigos míos, eso es de Sófoeles ! » Cuando no aplaudía, echaba pestes : « ¡ Qué bárbaros ! ¡ No comprenden ! » Hasta en cierta ocasión insultó á un espectador que, en lugar de palmotear, tenía las manos metidas en su manguito, y como la disputa interrumpía la representación, la esposa del grabador Le Bas, gritó á Voltaire : « Si no os calláis os doy un bofetón ! »

Todas estas tragedias fueron objeto de numerosas variantes. Voltaire retocaba sus piezas conforme á las indicaciones del público, lo cual hacía decir : « Escribe sus tragedias mientras las representan. »

Por lo que hace á *Roma Salvada* se cuenta que los amigos de Crebillon « enflaquecían de escena en escena ». La tragedia es hermosa, elocuente y generosa ; es una de las mejores de Voltaire, que representó en Sceaux el papel de Cicerón.

*Olimpia*, tragedia en cinco actos (1764), fué improvisada en ocho días y ya se echa de ver. El público hizo un retruécano : *Oh l'impie*. D'Alembert hizo la siguiente observación : « La pieza es sin embargo muy piadosa ; mucho temo que no pueda ser representada sino en un convento de monjas el día de la abadesa. »

Después siguieron :

*El Triunvirato*, en cinco actos (1769), también arreglo de una tragedia antigua de Crebillon, en que se protestaba contra las proscripciones y las medidas arbitrarias.

*Los Escitas* (1767), que él mismo condenó : « Son más bien los pequeños cantones suizos y un marqués francés que los escitas y un príncipe persa. »

Los *Guebros* ó la *Tolerancia* (1769), tragedia en cinco años, fundada, según dice el autor « en el horror que inspira la clerigalla », pieza explosiva no representada, prohibida y anónima para evitar las sospechas. Voltaire se la dedicó á sí mismo.

Una *Sofonisbe* (1770) menos buena que la de Mairet.

Los *Pelopidas* ó *Atreo y Tiestes*, tragedia no representada y arreglo también de una de Crebillon.

Las *Leyes de Minos*, en cinco actos (1773) tragedia de tesis, no representada y poco representable ;

*Irene* (1778) su último triunfo, y *Agatocles* (1779) fracaso póstumo en cinco actos, cinco pasteles fríos é insípidos, como los llama el autor mismo y que completan la serie de los temas antiguos, que Voltaire llevó á la escena.

Antes de abandonar la antigüedad debemos señalar un curioso drama bíblico, *Saúl*, dirigido contra David, á quien califica de «reyezuelo judío» y que fué puesto en seguida en el Índice. Estaba entonces de moda el drama moderno, y Voltaire ensayó en él sus fuerzas con bastante acierto. Aprobó esta manera de renovar el viejo repertorio, ya emprendiendo un viaje alrededor de la tierra, ya recurriendo al manantial de nuestras viejas crónicas nacionales; innovación cuya primera idea no fué suya.

La primera obra que hizo en este género ocupa también el primer lugar en cuanto al mérito, fué *Zaira*, en 1732, escrita, según dice Voltaire, para complacer á unas damas que se quejaban de que no hubiese llevado aún al teatro el verdadero amor y para responder en cierta manera á las dudas de que era objeto.

He oído de boca del mismo Voltaire, dice La Harpe, que los más brillantes ingenios de esta época, á quienes reunía en su casa Madama de Tencin, figurando á la cabeza de los mismos Fontenelle y Lamothe, indujeron á esta señora á aconsejarle que no se obstinase en seguir una carrera para la que no parecía apto y á que aplicase á otros géneros su gran talento poético, que entonces nadie le negaba; sólo cuando se manifestó de un modo incontestable su gran talento para la tragedia, pensaron en negarle el de la poesía. De esta suerte varían, según las épocas y las circunstancias, las sandeces que inspiran el odio y la envidia, pero dichas pasiones no cambian. Yo pregunté á Voltaire lo que había respondido á tan excelente consejo y él me respondió: «Nada pero dí al teatro mi *Zaira*».

*Zaira*, la lucha entre el amor y la fe en un corazón de mujer, las reminiscencias de *Otelo*, la sensibilidad que respiran los versos de belleza desigual, pero siempre encantadores, la nobleza de Lusignán, los arrebatos de Orosmán, el acierto de algunos versos,

On ne peut désirer ce qu'on ne connaît pas...  
Mon Orosmane m'aime et j'ai tout oublié...  
Je me croirais hâ d'être aimé faiblement...  
J'eusse été près du Gange esclave des faux dieux,  
Chrétienne dans Paris, musulmane en ces lieux...<sup>1</sup>

1.

Desear no es posible lo que no se conoce...  
Pues mi Orosmán me ama, lo doy todo al olvido...  
Por odio tomaría un amor flojo y tibio...  
Culto á los falsos dioses cabe el Ganges daría,  
Allá en París cristiana, y aquí mora sería...

todos estos elementos en fin concurrieron á un éxito que no se ha agotado aún.

Esta pieza afortunada había demostrado al autor cuánto imperio ejerce el amor en el teatro y cuán propio era su genio para tratar este asunto; quiso intentar una nueva obra en que dominase por completo el amor. Había visto el gran placer que causaban los nombres franceses y el particularísimo interés que habían agregado á su tragedia cuando ocupaban los primeros palcos los Montmorency, los Chatillon, los de Nesles y los d'Estaing en las representaciones de *Zaira*, y resolvió escoger héroes franceses.

Por eso compuso su tragedia francesa *Adelaida Duguesclin* (1734) que fué un fracaso. Veinte años más tarde la misma pieza tuvo mejor éxito con otro título *Amelia* ó el *Duque de Foix* y con nuevos nombres de personajes. El público no la reconoció. Voltaire hizo una tercera versión en tres actos para Federico II, con el título del *Duque de Alençon* ó los *Hermanos Enemigos* (1751) sin papeles de mujer. Existe además otra transformación de la misma pieza con el título de *Alamira*.

Pasamos de Francia á América con *Alzire* ó los *Americanos*, tragedia en cinco actos que gustó bastante. La escena tiene lugar en Lima y el asunto fué objeto de una canción popular.

La obra tiene gran color local<sup>1</sup>, mucha originalidad y es muy conmovedora.

*Zulima* (1740), tragedia morisca, cuyo asunto pertenece al mismo género que las de *Bayaceto* y *Ariana* dió ocasión á una hermosa carta á la Sta. Clairon y á un famoso dístico:

Du temps qui détruit tout, Voltaire fut victime.  
Souvenez-vous de lui, mais oubliez Zulime<sup>2</sup>.

Desde el castillo de Tremicena á orillas del mar de África hasta la Meca, no había mucha distancia y Voltaire nos lleva allá con su *Mahoma el Profeta* ó el *Fanatismo* (1741) que hizo representar á pesar de la prohibición del censor, su enemigo íntimo Crebillón; se la leyó al cardenal de Fleury que se quedó dormido y, al despertar, le dió su aprobación.

Voltaire dirigió los ensayos con su ardor acostumbrado. El actor Legras, que representaba el papel de Omar, se mostraba demasiado

1. Los escritores franceses nos tienen ya harto acostumbrados á este *color local*, que puede resumirse en el conocido principio de estética popular: *A mal Cristo mucha sangre*. Otro tanto sucede en cuanto á la indumentaria. Todo se reduce á hablar de inquisición, obscurantismo, crueldad, etc. Hoy mismo en el siglo xx no puede aparecer en un escenario de París un tipo español en la más insignificante revista, sin que salga convertido en una especie de Arlequín. (N. del T.)

2.

Del tiempo que lo arrasa todo, Voltaire fué víctima  
No olvidéis su memoria, mas olvidad *Zulima*.